

Los dilemas del pensar económico

Palabras de agradecimiento del Padre José Luis Alemán, S.J. al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago de los Caballeros, 15 de mayo de 2007¹*

El homenaje que me ofrecen el honorable Ayuntamiento de Santiago de los Caballeros, la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, CEFASA y el Centro Fe y Cultura San Roberto Belarmino, me llena de orgullo; tenía escrito de vanidad, pero no es verdad, abrumado y sobre todo de agradecimiento, no tengo palabras para agradecerse los.

Hace siglos quedó atrás, el tiempo en que se llamaba “homenaje” a la ceremonia de juramento de fidelidad del vasallo, al príncipe o señor de la tierra, en recompensa por méritos militares, eclesiásticos o financieros. Hoy pertenece esa palabra “homenaje”, al

* Economista cubano-dominicano, (1928-2007). Fundador de Estudios sociales.

1 Estas palabras fueron transcritas por Juan Miguel Pérez, directamente del video filmado en dicha ocasión. El P. Alemán tenía un texto más largo en la mano, que no se ha podido encontrar entre sus papeles después de su fallecimiento. El presente texto debió haber aparecido en el número anterior de Estudios Sociales, dedicado a su memoria, y por una errata de corrección, quedó fuera de la impresión final.

críptico y arcano lenguaje de la simbólica, pero conserva del ritual medieval su doble carácter de aprecio y honra a una persona, de parte de instituciones a las que uno sirve, y de renovación de la voluntad de ésta a seguirla sirviendo.

Sería engañosa puerilidad creer que el homenaje premia los méritos de una persona.

La vida humana desde antes de su nacimiento, es una cadena ininterrumpida de amores y favores recibidos, anteriores a todo derecho. El insumo personal (perdonen la pedertería económica) a lo que uno hace es mucho menor que el social, muchas veces menor, por eso no por calculada humildad, sino por exigencia de gratitud, quien es honrado se sabe obligado a hacer público el reconocimiento de algunas de las personas e instituciones que más lo han regalado y a las que quiere ser fiel mientras viva.

En mi caso tengo deudas apreciables, con mi familia. Aquí presente, en la persona de mi admirable y admirada hermana, Inés María, de altos intereses sociales y ocasionalmente, se trata de un virus familiar, autora de cuentos literarios en humana y profunda prosa poética.

Deudas con la sociedad civil, encarnada en los representantes Honorable Ayuntamiento de Vecinos de Santiago de los Caballeros, que representa instituciones a las que pertenezco, como la Asociación para el Desarrollo y a muchas personas, conocidas algunas, anónimas las más, que recrean continuamente nuestra sociedad. Sin ellas no seríamos nada.

Deuda con la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, con su Junta de Directores y con su Rector Magnífico, Monseñor Agripino Núñez Collado, quien me ha permitido una libertad de expresión imposible de lograr en cualquier otra institución y quien siempre me ha mostrado apoyo y afecto; y deudas con sus profesores, empleados y estudiantes.

Deudas grandes, con los pastores que la Iglesia ha puesto al frente de las diócesis en las que he vivido, Santiago y Santo Do-

mingo: Monseñor Roque Adames, Nicolás de Jesús López Rodríguez y Francisco José Arnaiz. Mi deuda personal con cada uno de ellos no es pequeña.

Deudas con la Compañía de Jesús, a la que pertenezco desde hace 61 años, representada por el superior padre Jesús Zaglul y por el Padre José Núñez, director del Centro Bellarmino, y de CEFASA, donde viví por treinta años con los padres Guzmán y Gregorio Lanz, y con el fallecido Oscar Cañisárez.

Deudas grandes con tres personas amigas admirables, que con su generosidad y afecto me hacen sentir miembros de su familias y que constituyen mi familia dominicana: la Lic. Ana Matilde Veras Núñez, la Dra. Zoraida Mejía, y la Lic. Carolina Mejía Gómez.

A todos gracias.

Cumplidos parca y tacañamente estos reconocimientos, que deberían extenderse nominalmente a docenas más de personas, algunas aquí presentes, como Juan Hernández, paso a expresarles “Los dilemas del pensar económico”.

No voy a leer todo lo que tenía, es imposible, es imposible... porque no me daría el corazón.²

Sin ánimo proselitista, es decir, no à la Marx, economista de nivel, pero además profético promotor directo de cambios revolucionarios, vamos los economistas tomando en la vida profesional, decisiones muchas veces poco conscientes que perfilan nuestra personalidad. Quiero reflexionar sobre la naturaleza de estas decisiones.

En orden lógico, no siempre cronológico, va optando el economista por respuestas a diferentes dilemas. Quiere hacer de su profesión una causa o una profesión, lee cuidadosamente los grandes clásicos de la economía, digamos dos docenas de ellos,

2 Nota de la redacción: Al decir estas palabras, Alemán saltó una serie de páginas en las que sin dudas estaban concentradas sus reflexiones epistemológicas sobre la economía, a manera de legado. Esperamos algún día poder encontrar el texto completo y publicarlo en esta revista por él fundada.

o se centra en estar al día en artículos especializados de su área. Busca comprobar la verdad de la teoría que aprendió o trata de negarla o mejorarla. En su vida profesional considera la economía como una de las ciencias sociales o como una disciplina autosuficiente.

¿Es la economía teoría de la realidad o arte para modificar la sociedad?

La economía como ciencia trata de identificar a nivel alto de abstracción la manera general como los seres humanos satisfacemos nuestras necesidades materiales mediante el intercambio.

En cuanto tal, la economía como ciencia no cuestiona siquiera si la dotación de recursos o de oportunidades es la deseable, o si los criterios del comportamiento son buenos o malos. Simplemente, formula hipótesis lógicas tan evidentes que no necesitan comprobación sobre lo que es ... lo que es.

La pregunta obvia que los no economistas nos hacen se refiere a la deseabilidad de semejante destino del sistema que lo causa. Si creemos que los hechos son determinante principal de las ideas, o al menos un factor importante, haríamos bien en no buscar tecnologías sociales para mejorar una sociedad determinada, exógena pero inexorablemente, por la realidad de las fuerzas económicas, aun cuando los individuos no lo seamos en el mismo grado. La economía como técnica o arte no podría imponerse. Mejor sería aceptar con resignación la necesidad, que es la cumbre de la libertad; aceptar la necesidad, la necesidad, de la enfermedad, de los dolores, de los desamores, de la muerte misma. *Contra facta non valent argumenta*, "Contra los hechos no sirven razones contrarias".

Distinto parecer tendríamos y tendremos si creemos en la reformabilidad de la sociedad por la acción social humana. Hay dos fuentes fundamentales de reforma o revolución social: nuevas y mejores ideas sobre las instituciones y nuevas formas de vida inspiradas por personas ejemplares en sus palabras y sus obras.

Bergson, el filósofo de *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, diría que la ética puede ser de presión, la ejercida por nuevas reglas de juegos surgidas coactivamente, o de inspiración, provocada por el simple hecho de que viven personas ejemplares que nos compelen a imitarlas sin necesidad de reglas expresas, Jesús de Nazareth, por ejemplo.

De nuevo hablamos de opción preferencial de los economistas, no de mutua exclusión. Los economistas, por supuesto, queremos creer que, basados en motivaciones como la dignidad de la persona humana o los derechos humanos y sociales, podemos cambiar la sociedad en una sociedad mejor. Otros creen que a la receta hay que añadir un combustible más poderoso, el ejemplo personal e institucional de solidaridad con el pobre y marginado, que va contra la cultura dominante. Sin la misma, no tiene sentido el cambio institucional, pero sabiendo que la solución no está en la condena o en la destrucción del mal, sino en sanar sus raíces, en dar espíritu a una sociedad seca de ilusiones y de causas, aunque millonaria en leyes e instituciones.

No basta la formación académica para definir al economista. Las opciones que va tomando nos dirán si estamos ante un economista con causa, que bien puede tenerla y no ser buen economista; o un economista profesional, sin más causa que ganarse la vida. La gama entre los extremos es grande.

Quizás, y termino, sea bueno añadir unas palabras sobre la causa del economista sacerdote. La Iglesia frente a la economía y la sociedad ha trillado diferentes caminos. Hoy muchos hombres y mujeres de iglesia, incluyendo obispos y presbíteros, conducen frente a la situación social un discurso ejemplar cargado de compasión e indignación en lo que a las motivaciones y a fines se refiere. El carácter descriptivo y vivencial es ejemplo de la presencia de Cristo entre los pobres, continuada por la Iglesia con todas sus imperfecciones a través de los siglos. Los admiro y los temo. Me parece que jamás comprenderán las raíces, muy podridas por cierto, de esa situación y que conducen a quienes los oyen a mesianismos terrestres sin riquezas, o al retiro de este duro mundo.

Yo voy menos ejemplarmente por otro camino, el de tratar de comprender el tejido de relaciones sociales y económicas de la sociedad, para desarrollar, partiendo de los principios morales de los que la historia da fe, orientaciones que ayuden a hacer a la Iglesia, tan distante, tan ausente del mundo actual, capaz de entablar un diálogo social que no se base solamente en la compasión, en intereses o en un modo de discurrir carente de garra racional.

La Iglesia, este es el objetivo de una buena parte de mi producción escrita, debe ocupar el lugar que el Dios creador quiso que tuviese en el mundo. Ofrecer desinteresada, pero competente-mente, una orientación creíble, ser madre y maestra. A lo que yo no aspiro es a un profetismo mesiánico autoritario, intransigente y apocalíptico. Para suerte mía nunca he percibido esa vocación profética, probablemente porque no me atrae

Muchas gracias a todos.